

**DOMINGO XV DEL TIEMPO ORDINARIO**

**1ª lectura** (Amós 7, 12-15): *El Señor me sacó de junto al rebaño.*

**Salmo** (84, 9ab-10.11-12.13-14): *«Muéstranos, Señor, tu misericordia»*

**2ª lectura** (Efesios 1, 3-14): *Él nos eligió en la persona de Cristo.*

**Evangelio** (Marcos 6, 7-13): *Los fue enviando de dos en dos.*

*Cuando leemos los evangelios vemos cómo los discípulos están con el Señor, mientras este proclama, con palabras y gestos, la presencia del Reino de Dios. Podemos imaginar que esa cercanía con el Señor, ese trato de amistad con Él, les haría exclamar, en lo más íntimo de su ser, la misma exclamación de Pedro en el Tabor: ¡Qué bien se está aquí! Pero el Maestro los saca de su comodidad para convertirlos en «Apóstoles» que significa: «enviados»; y para ello, el Maestro los envía de dos en dos a anunciar la conversión para recibir el Reino de Dios. Esto, lo tienen que hacer liberándose de cargas inútiles. Solo guiados por la Palabra de Jesús que los envía.*

*Esta fue la misión de los primeros discípulos y es también la misión de los discípulos de Cristo actuales. Tenemos el riesgo de acomodarnos en una fe sin compromiso. Y debemos saber que no basta vivir la fe con tibieza, sino que, nuestra oración y sobre todo nuestra celebración eucarística, nos tiene que impulsar a la acción, tenemos que mantener una contemplación activa. Porque, también hoy, el Señor nos quiere apóstoles, o sea, enviados. Hoy el Señor nos envía como envió entonces a los discípulos. Es lo que nos está recordando constantemente el Papa, que tenemos que ser «Iglesia en salida», y, para ello, abandonar nuestras seguridades, nuestras comodidades y, sobre todo, nuestros egoísmos.*

*Pero, para que nuestro anuncio sea creíble tendremos que ser misioneros que, como dice el papa Francisco: «se involucran, acompañan, fructifican y festejan». Este involucrarnos es realizar también hoy los signos de sanación y liberación que Jesús realizaba, los signos que realizaron aquellos primeros evangelizadores que salieron, “de dos en dos” a predicar la conversión y «echaban muchos demonios, ungían con aceite a muchos enfermos y los curaban».*

*Los enviados hoy por el Señor, los apóstoles de nuestro tiempo, tendrán que curar a tantos enfermos de pobreza, de miseria, de hambre, de marginación, de enfermedades como el sida o el ébola y otras tantas que azotan a las personas más desfavorecidas de la tierra. Y echar fuera a los demonios de la desigualdad, de la injusticia, del egoísmo de los poderosos de este mundo, de la soledad y el abandono, de tantos demonios que están poseyendo a esta sociedad materialista, consumista y sin entrañas.*

A Amós, que era pastor, el Señor «lo saco» del rebaño para enviarlo a ser profeta, posiblemente contra su voluntad: «*Ve y profetiza a mi pueblo de Israel*». Amós es consecuente con el envío de Dios a hacer lo que tiene que hacer un profeta: Ser portavoz de Dios para recordar al pueblo su alianza con Dios. Para esto el profeta tiene que actuar con una tremenda libertad, sin preocuparse de adular a nadie, sin pretender caer bien a los estamentos oficiales, denunciando los excesos que se cometían, muchas veces, en nombre de Dios.

Esto le acarrea a Amós la enemistad y el enfrentamiento con los falsos profetas que solo se preocupaban de mantener los intereses del Rey en el Santuario, o sea, el maridaje entre el poder y religión que, aunque ilegítimo, ha marcado las sociedades de muchos tiempos. Por eso Amasías, el sacerdote de Betel, sostenedor del culto oficial, no puede consentir la presencia de Amos, y las denuncias que hacen tambalearse y peligrar aquella política que trae el lujo de unos pocos a costa de la miseria de muchos, y le dice al profeta: Vete, vidente, no profetices más en Betel.

Igual que Dios había elegido a un simple pastor para ser profeta de Israel, Jesús llamó a los que quiso, no buscó a los mejores en ningún aspecto, simplemente llamó a los que quiso para que estuviesen con Él y para enviarlos a predicar. Para estar con Él, porque solo desde la contemplación y la escucha de su mensaje podremos anunciarlo a los demás, porque el evangelizador no se anuncia a sí mismo, anuncia la presencia del Reino de Dios, la salvación que no es otra cosa que restaurar el plan original de Dios: que el hombre sea realmente una imagen suya destinado a vivir en comunión de amor con los hermanos.

También nosotros hemos sido elegidos y llamados para estar con Jesús y enviarnos a anunciar la Buena Nueva con nuestras palabras, pero sobre todo, con nuestro testimonio de vida. En el bautismo hemos sido elegidos y destinados, como nos dice san Pablo a «*ser hijos de Dios*» y, para ello, hemos sido marcados por Cristo con el Espíritu Santo. Y con su fuerza, somos enviados, como Amós, a ser profetas de nuestro tiempo, de nuestra sociedad.

Así podremos decir, citando al profeta Isaías: «*Qué hermosos son sobre los montes los pies del mensajero que anuncia la Buena Noticia*». Es el anuncio de la salvación, de la recuperación plena de la dignidad del hombre, dignidad que le viene de ser imagen y semejanza divina.